

EL OJO MOCHO

BUENOS AIRES
VERANO 2001/2
Nº 16 • \$ 8
REVISTA DE
CRÍTICA POLÍTICA
Y CULTURAL

El idioma
de los
argentinos

Entrevistas a:
Jorge Asís
Oscar Landi

Dossier:
Homenaje a
Carlos Correas

Ramón Alcalde, Arturo Armada, Edgardo Cozarinsky, Américo Cristófalo, Emilio de Ípola, José Pablo Feinmann, Germán García, Eduardo Grüner, Jorge Lafforgue, Liliana Lukin, Víctor Pesce, Jorge Quiroga, León Rozitchner, Juan José Sebreli, Oscar Traversa, Ismael Viñas

CARLOS CORREAS, LAS SOLEDADES DE UN ESCRITOR

Por Germán García

A Horacio García y Jorge Garrido, amigos y editores

En 1985 volví, después de algunos años fuera del país. Había dejado parte de mi biblioteca en Barcelona, razón por la cual recorría mesas de libros usados y recuperaba aquellos que me interesaban. Así, volví a tener los libros *sobre* Macedonio Fernández y sus propios libros (que habían quedado con los demás "argentinos" que preferí convertir en patrimonio de la Biblioteca freudiana de Barcelona, con la esperanza de que alguien se interesara alguna vez). También encontré libros de Leopoldo Marechal, de Carlos Astrada, etcétera.

En una librería de Corrientes, apareció una pila de *Kafka y su padre*, de Carlos Correas. Me acordé de la vez que Oscar Masotta me hizo leer "La narración de la historia" (que se había publicado en la revista *Centro*, en 1959).

Oscar Masotta creía que ese relato era el antecedente (lógico, no fáctico) de *El fiord* de Osvaldo Lamborghini, que yo le había hecho conocer antes de lograr que se publicara, con un prólogo que firmé "Leopoldo Fernández" (nombre y apellido de mi abuelo materno), para evitar complicaciones con el juicio que padecía por *Nanina*.

No me pareció en absoluto que hubiera algo en común entre el relato de Carlos Correas (que para mí estaba inspirado en "La infancia de un jefe", de Jean-Paul Sartre) y *El fiord* de Osvaldo Lamborghini, que me parecía una elaboración magistral de las *negaciones* de nuestra literatura.

No le dije nada de esto a Oscar Masotta, a quien respetaba y quería, y tampoco le dije que el relato de Carlos Correas me resultaba anticuado.

Ahora, años después, leí *Kafka y su padre* en algunas horas (es un libro de 93 páginas). Al día siguiente volví a la librería y compré lo que quedaba en la mesa de saldo (algo más de diez ejemplares): esos ejemplares fueron distribuidos entre los alumnos de un grupo de estudio particular, donde leíamos psicoanálisis.

Kafka y su padre es, en más de un sentido, el reverso de "La narración de la historia", donde el narrador dice ser mantenido por un viejo que le da "lástima y repugnancia" (además, el muchacho con el que tiene un encuentro "homosexual" le habla de su padre que murió alcoholizado).

Estas versiones equívocas de los padres contrasta con el Herrmann Kafka descripto por Carlos Correas: "En consecuencia, en este carisma obedezco a mi padre, me ofrendo a él y a su dominio porque confío en él como autor de mi salvación, y, por esto mismo, constituyo y reconozco a la vez su *autoridad*".

Cuando abrí *Kafka y su padre*, parado aún frente a la mesa de saldos, leí: "La ignorancia y la ignorancia de la ignorancia reinaban en *Contorno*".

Carlos Correas había pertenecido a *Contorno*, esa revista que por un anacronismo producido por la orfandad universitaria se había convertido en importante después de su desaparición, y ahora escribía ese juicio en el prólogo a un libro sobre Kafka. Prólogo que concluye con esta frase: "Ahora, en cambio, la coyuntura en mí se resuelve en el momento de proyectar la

posibilidad de hablar de Kafka hablando de la Argentina y de hablar de la Argentina hablando de Kafka" (Leviatán, 1983).

¿Dónde estaría Carlos Correas? Al poco tiempo encontré *Cartas del noviazgo*, de Soren Kierkegaard, traducción y prólogo de Carlos Correas, que había sido editado por Siglo Veinte en 1979. El prólogo tiene cincuenta páginas y resulta ser, para asombro de cualquier lector, más importante que el libro. El análisis detallado de la constitución de "Regina" por el deseo de Kierkegaard, la sutileza en la descripción de lo que *una* encarna para un hombre, la fina comprensión de las paradojas del amor, muestran a Carlos Correas como alguien que comparte la soledad del autor.

Y, en efecto, leemos en la conclusión: "Por un sentido de la creación, por su concepción de la soledad como el elemento de la verdad, por el encarnizamiento en la autonomía de su inteligencia, por la responsabilidad para con Regina, Kierkegaard tenía que construir su propia filosofía, *filosofía*, indudablemente, si entendemos por filosofía la posición intelectual más extrema, la recuperación de la vida en el pensamiento". Estas palabras, después de haberlo frecuentado algún tiempo, definen para mí al propio Carlos Correas, a quien por entonces descubrí, también como prologuista de *Cómo orientarse en el pensamiento*, de Immanuel Kant (Leviatán, 1982).

El prólogo de Carlos Correas tiene veinte páginas, el trabajo de Kant treinta: una vez más el traductor se hace interlocutor y, por nuestra parte, entendemos la alta dignidad de esta función en una cultura de "importación" que no suele reflexionar sobre su práctica.

Fue María Moreno quien me hizo llegar *Los reportajes de Félix Chaneton* (los tres relatos publicados por editorial Celtia en 1984), con la noticia de que Carlos Correas vivía en Buenos Aires y no sería difícil conocerlo.

Los reportajes de Félix Chaneton se presentan como tres momentos de una vida, a la vez que un prólogo advierte: "Y siendo imposible fundar literariamente lo propio sin fundar lo ajeno, toda autobiografía es una heterobiografía. Para contar una vida hay que volver contable la vida. ¿Y con cuál método? Problema *humano*: por el hombre vienen el cuento, la confesión y el método a la vida. Pues si yo soy lo que son los otros, confesarme es declararme y declarar a los hombres en mí".

Ahora que conozco lo escrito por Carlos Correas (*La operación Masotta*, *Arlt literato* y sus relatos inéditos) podría afirmar que en cada línea de lo que escribe se trata de un solo cuento, una misma confesión, un método único (el que declara la cita anterior).

Por fin conocí a Carlos Correas. Nos encontramos una noche, fuimos de un restaurante a un café, caminamos en la madrugada hasta su departamento en la calle Pasteur. Incansable, me preguntó por Oscar Masotta, me habló de sus intereses culturales, se dedicó a criticar las traducciones de amigos y enemigos. Nos despedimos en la puerta del edificio.

Poco después tuve el manuscrito de *La operación Masotta*,

un libro sorprendente —nada de lo que sabía de Carlos Correas, nada de lo que había leído, podía anticiparlo— que Horacio García aceptó para editorial Catálogos.

Como siempre, estaba seguro de que lo peor para Oscar Masotta era el olvido, la existencia en el murmullo de los “enteradillos”, el testimonio de quienes no pueden hacer pública su palabra y se dedican a la reflexión de sobremesa. Por eso, el libro de Carlos Correas con su estilo violento, con sus provocaciones y sus extraordinarios análisis de la “enunciación” de Oscar Masotta (para ejemplo. las páginas dedicadas a la “audiencia gallega”) llegaba en el momento justo en que había que sacudir lo que llamamos el “efecto padre muerto”.

Las pasiones de Oscar Masotta, su lugar en la trama de la cultura política de los cincuenta, la amistad de dos jóvenes solitarios, las ambiciones que conducen a la compulsión mimética, los fracasos dolorosos de una generación, se narran en clave de “sinceridad” a lo Sartre (la misma que Simone de Beauvoir ejerció en la ceremonia del adiós).

Carlos Correas, fiel a su posición, expone al Oscar Masotta que lo expone; de la misma manera que después expondrá a un Roberto Arlt que lo expone.

¿Qué importa lo que uno pueda “pensar” de eso? Al suspender por un momento el juicio íntimo, al poner entre paréntesis la semántica de la propia fantasía que se encuentra en ese juicio, uno puede descubrir una dimensión que ignoraba.

Carlos Correas fue el primer sorprendido cuando Horacio García le comunicó que, por mi recomendación, publicaría ese libro (que ahora adquiere un relieve nuevo al confrontarse con la exhaustiva investigación de Hernán Scholten publicado con el título de *Oscar Masotta y la fenomenología*, por la editorial Atuel). El murmullo de los que

conocían al Masotta del psicoanálisis estuvo contra el libro, que tuvo la suerte de atravesar el circuito plañidero y llegar a otros lectores.

Ahora había entre nosotros algo parecido a la amistad y, cada tanto, íbamos a comer (supe una vez que esperaba que lo llamase, porque era yo quien invitaba). Carlos Correas le contaba a Graciela Avram y a mí sus desventuras amorosas con algunas mujeres y, algunas veces, sus relaciones con travestis de su barrio a los que socorría en alguna comisaría. Pero también aceptó realizar un curso sobre Sartre y el deseo en la Fundación Descartes, ámbito donde el nombre de Oscar Masotta está siempre presente.

Cuando leí *Un trabajo en San Roque* (libro inédito compuesto por tres extensos relatos) reconocí algo de esa vida nocturna que evocaba con sus fascinaciones el alcohol, las sexualidades extrañas, los crímenes y suicidios “necesarios”.

La soledad del escritor resume las otras soledades que llamamos deseo, amor, pulsión de muerte; las soledades que constituyen el mal como inmanencia del goce. ¿Carlos Correas lo aprendió en Jean Genet? No lo sé, pero se encuentran esas soledades en “La narración de la historia” y es llevada al paroxismo en el relato de la agonía y muerte de una madre, incluido en *Un trabajo en San Roque*.

Volví a leer “La narración de la historia”, me detengo en un párrafo. Pasaron más de cuarenta años desde que se escribió, más de quince años desde aquella noche en que me encontré con Carlos Correas. El párrafo en el que me detuve dice (y me avergüenza no haberlo leído entonces): “He querido ser un hombre duro y libre. Algo así como un hombre solitario que camina por la noche: disponible y dispuesto a todo. Que va, desde luego, a su casa, pero que puede desviarse en cualquier momento hacia otra parte tal vez para siempre. Sin compromisos, sin costumbres, sin gustos, de ninguna manera típico. Que puede volverse o seguir adelante. Solamente acosado por el hambre, el sueño o la suciedad y por el miedo de que a pesar de todo pueda tener una vida. Algo que los demás pudieran mencionar como ‘la vida de ...’, sin agregar nada más. Pero no sé por qué estoy diciéndote esto”. Ahora nadie lo sabrá, porque el suicidio es el rechazo absoluto del saber.

Carlos Correas

La operación MASOTTA

(cuando la muerte
también fracasa)

Catálogos

EL OJO MOCHO

BUENOS AIRES
VERANO 2001/2
Nº 16 • \$ 8
REVISTA DE
CRÍTICA POLÍTICA
Y CULTURAL

El idioma
de los
argentinos

Entrevistas a:
Jorge Asís
Oscar Landi

Dossier:
Homenaje a
Carlos Correas

Ezequiel Adamovsky, Fernando Alfón Scafati, Carlos Belvedere, Matías Berger, Sebastián Carassai, Gisela Catanzaro, Gabriela Delamata, Gabriel Entin, Laura Fernández, Paula Ferro, Juan Fernando García, Ezequiel Ipar, Andrés Jiménez Colodrero, Lisandro Kahan, Carolina Livingston, Mariana Luzzi, Mariana Moyano, Heber Ostroviesky, Eduardo Raíces, Esteban Rodríguez, Rosângela Rodrigues de Andrade, Valentina Salvi, Hernán Scholten, Gerardo Tipitto, Juan Ignacio Vallejos, Emilio Bernini, Christian Ferrer, Horacio González, Jung Ha Kang, Guillermo Korn, María Pia López, Facundo Martínez, Eduardo Rinesi, Esteban Vernik